

Identidades subterráneas

El odio y el amor por los *emos*

BRUNO BARTRA

El pasado mes de marzo los *emos* se convirtieron en las estrellas de los medios masivos de comunicación mexicanos por unas semanas, despertando una polémica que llevó el tema de las “tribus urbanas” a la opinión pública y generó una inmensa cantidad de información en la que predominó la falta de contexto histórico.

El origen de ello fue una serie de grescas entre *emos* y *punks*, primero en la ciudad de Querétaro y posteriormente en la capital del país; llamó la atención que se agrediera a esa subcultura particular que parecía haber surgido por generación espontánea, y se acusó a la derecha y al gobierno de estar detrás de las agresiones; la desigualdad e intolerancia reinantes en el país también fueron llevadas al banquillo de los acusados. Otros argumentos afirmaban que los *emos* no eran una subcultura, sino un “simple” producto del mercado. Los mismos voceros de los *emos* reconocieron que no habían sido golpeados por *punks* y *darks*, sino por

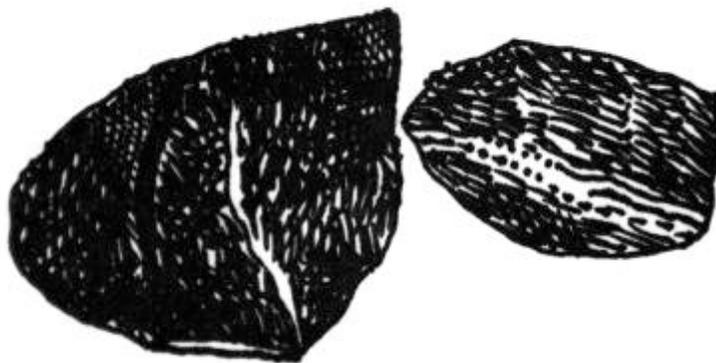
“pseudopunks” y “pseudodarks”, quienes, aunque vestían y hablaban como aquéllos, no seguían sus principios ideológicos.

Hay dos puntos que pueden ser refutados: en primer lugar, los *emos* no nacieron por generación espontánea; tampoco son ni surgieron como un producto mercantil, y sí representan una de las identidades juveniles del espectro alternativo del país, que ha sido influenciada por subculturas previas. En segundo lugar, detrás de las agresiones no están la derecha

ni el gobierno federal; las agresiones entre grupos juveniles se han dado desde antaño. En esta ocasión un periodista tomó nota del suceso, y éste se convirtió en un tema de interés general. Quizás ello fue lo único cercano a las leyes del mercado: la gran oferta de información obedeció a una demanda masiva.

Más allá del mercado

La estética de los *emos* deriva del *animé* japonés en el peinado, que se caracteriza por el flequillo largo que cubre un ojo —una cortina con la que evitan mirar la injusticia del mundo. Utilizan ropa ajustada, sin



importar el color, aunque en general evitan aquellos que sean vivos. Además de un aire a veces andrógino, destaca en ellos su tolerancia y apertura hacia la sexualidad: después de todo, a sus catorce o quince y hasta veintiún años, la homofobia debe asemejarse a lo que era el racismo para los jóvenes de las décadas de 1980 y 1990, o el nazismo para aquellos nacidos hacia la década de 1940 ó 1950: un resabio sin sentido e intolerante de generaciones pasadas y, principalmente, ante su contexto social y cultural, una actitud inexplicable y absurda.

Aunque los *emos* con dichas características estéticas han merodeado la ciudad desde hace apenas dos o tres años, los orígenes del género y de la subcultura se remontan hacia principios del milenio, cuando terminaba el auge de un género musical conocido como *happy punk*, que destacó desde mediados de los noventa en Estados Unidos y que mezclaba la velocidad, energía y distorsión del *punk* con letras y melodías más cercanas al rock pop. En México, dicho género tuvo su auge a fines de los noventa, y en algunas de las tocadas participaban bandas como Hummersqueal y Sad Breakfast, influenciadas por el *emo punk* surgido a mediados de la década de 1980 en Estados Unidos. Al poco tiempo formaron un público cautivo que se distanció del *happy punk*: esta gente se interesaba por un contenido “emocional” (de ahí la expresión *emo*) en las letras y en las melodías. En los últimos dos años ha surgido una generación de músicos en esa corriente, totalmente desvinculada del *happy punk*, que incluye bandas como Bipolar y Cuatro y Medio.

Con el auge de los *emos*, lugares como el tianguis del Chopo se han inundado de productos para ellos —vestimenta, música y objetos decorativos—, y sus tocadas copan calendarios de los recintos que dan cabida a las subculturas.

Animadversión cotidiana

A partir de esta toma de espacios también ocupados por *darks*, *punks*, *rockeros*, *metaleros*, *hip hoperos* y *skatos* es que puede iniciar la animadversión que deriva en conflictos y grescas: aunque los agresores de Querétaro no hayan sido *punks* o *darks*, desde hace poco más de un año algunos integrantes de estas subculturas “pintaban su raya” y manifestaban su opinión de que el *emo* era un movimiento derivado del mercado y plenamente superficial, como se podía escuchar en las tocadas o leer en múltiples sitios de internet.

Pero ello no es una novedad y no es una discriminación propia del fenómeno *emo*: el conflicto entre subculturas juveniles data de tiempo atrás, y no es más que un añejo conflicto generacional trasladado al terreno alternativo. Quienes hayan asistido con cierta frecuencia en los últimos veinte años a tocadas en CU, Rockotlán, Rock Stock y el Multiforo Alicia, o a los masivos en la Magdalena Mixhuca y las diversas preparatorias de la UNAM, recordarán que las grescas entre viejas y nuevas subculturas están a la orden del día; en ciertos eventos incluso son algo predecible.

Cuando el *ska* emergió en México hace poco más de una década y fue adoptado por un inmenso sector de la juventud, formando sus códigos de estética y vestimenta, los *punks* y *darks* no estaban contentos con aquella música y aquella actitud que ante sus ojos pecaban de superficialidad y, pese a la tolerancia que predomina en gran parte de estas subculturas, las peleas y batallas, en ocasiones campales, se daban frecuentemente en las diversas tocadas; en el tianguis del Chopo tampoco faltaron riñas entre aquellos que buscaban su lugar y quienes defendían su territorio.

Antes, hacia finales de los ochenta, la emergencia de los *darks*, derivados del *goth rock* (o gótico) inglés y estadounidense, tampoco fue vista con buenos ojos por los *punks*, *metaleros* y *rockeros*, quienes habían abierto espacios desde inicios de la década, los cuales ahora debían compartir con los “vampiros”: tampoco faltaron las grescas.

Los *punks* ingleses en los setenta marcaron una línea generacional con los *hippies*, y entre ambas subculturas tampoco predominaban el amor y la paz; en México no hay un antecedente de ello, puesto que dicha década fue un bache para el rock, debido a la represión extrema que sucedió al Festival de Avándaro en 1971.

Sin embargo, a los *jipitecas* y *rebeldes sin causa* de las décadas de los cincuenta y sesenta las golpizas se las daba la policía y en ocasiones los porros universitarios; estos pioneros del rock nacional no buscaban un lugar en un espacio para la juventud alternativa existente, sino que intentaban hacerse un hueco en un entorno para crear dicho espacio.

El fenómeno tan mediatizado de los *emos* derivó de una gresca similar a decenas —o centenas— que han ocurrido en las últimas dos décadas entre subculturas locales: sin embargo, la difusión masiva ha acelerado el proceso de asimilación de los *emos*, y ha propiciado el acercamiento entre subculturas: las conferencias y mesas de diálogo derivadas de ello estuvieron bajo los reflectores; de no haber sido así, la integración seguramente habría sido más pausada. ~